

Aquí tienes, lector amigo, el inventario de lo que contiene este librito, con expresión del haber y el debe, de lo mío y de lo ajeno. Si logra servirte de recreo y descanso de la metafísica y del derecho civil, habré logrado mi objeto al publicarlo. ¡Y mira si seré yo vanidoso! ¿Pues no he llegado a imaginarme que estos cuentos pudieran ser leídos en familia, y reemplazar para algunas niñas los peligrosos novelones de moda, y aun verse en manos de algún hombre de estudio y hacerle desarregar el agrio sobrecejo y plegarle los labios con una sonrisa de agrado?

R. M. C.

## BERGSON EN EL INDICE

(El R. P. Pedro Martínez Vélez, agustino español, ha publicado en Lima un interesante opúsculo sobre asuntos religioso-filosóficos. Hoy insertamos algunos fragmentos, sintiendo que lo estrecho de nuestras páginas no permita reproducir íntegro el estudio).

Ante el simple enunciado de *Bergson en el Índice*, no faltará quien, con la mejor buena fe, pero también con la mayor ignorancia, exclame como García Calderón, al dar cuenta de un caso semejante, el de la inclusión en el Índice de *Dogme et Critique* de Le Roy: Está visto: es imposible la armonía de la libertad del pensamiento con la rigidez del dogma, de la religión y la ciencia.

Los que así discurren, aparentan ignorar lo que los antiguos llamaron el elenco, y nosotros el asunto; y por esto, García Calderón, tan insigne por otros títulos, no hizo otra cosa en la ocasión citada, que descender hasta el nivel del vulgo, de la plebe, del hampa vacía y declamadora del pensamiento en materias religiosas.

La Iglesia no sólo cree que es posible la armonía indicada, sino que la afirma como real, existente y necesaria, si el pensamiento ha de ser verdaderamente libre del error y la ciencia expresión de la verdad. Pero no confunde la ciencia con cualquier sistema científico o filosófico, y por esto, penetrada de la unidad de la ver-

dad y de la verdad de sus dogmas, que no son rígidos y fríos, como el mineral, sino revelación de la misma vida eterna, siempre antigua y siempre nueva, de la inteligencia divina, manifestándose cada vez con mayor resplendor a los hombres, se considera racionalmente con el derecho de señalar a sus fieles, cuando es preciso, aquellas obras que sin su especial licencia no podrán leer, por estar en pugna con su doctrina salvadora, ya especulativa, ya práctica; pero permiso que no sólo concede sino que desea conceder la Iglesia a todos aquellos de sus hijos que, bien penetrados de sus enseñanzas, están en disposición de leer, sin peligro alguno de su alma, esa clase de obras, a fin de que, por el contraste y la refutación de las mismas, brille con mayor intensidad y pureza la luz de la verdad de sus excelsas doctrinas.

Esto es todo; y por eso se ha visto a la Iglesia poner con el mayor dolor en el Índice, y al mismo tiempo con la esperanza de verlas retractadas, las mismas obras de muchos de los hijos que más ardientemente la han amado y defendido, pero que en algún punto no se han mantenido dentro de la pureza o, al menos, de la prudencia doctrinal católica. A este propósito bueno sería recordar, si necesario fuese, lo ocurrido hace muy pocos años con Shell, el gran profesor de Apologética en la facultad de Teología de la Universidad de Wützburg, arrebatado a esta vida días antes de ponerse en camino para Berlín, donde pensaba sostener unas conferencias públicas sobre Jesucristo con Harnack, la primera figura actual de la teología protestante.

Si esto hace la Iglesia con sus propios miembros, ¿qué no hará con los que no profesan su doctrina? ¿Y quién podrá negar a la Iglesia el ejercicio de este racional derecho, ni quién dejará de admitirle, estudiados a la luz de la razón, los títulos que ella presenta para proceder así?... ¿Coarta la Iglesia la libertad de pensamiento y el progreso de la ciencia? Nó; los ampara y preserva de sus extravíos, como las leyes justas protegen la libertad del bien y el progreso civil, al impedir

la mal llamada libertad del mal. ¿Es que no hay ni bien ni mal, ni verdad ni error, ni cordura y extravío, sino que todo es una y la misma cosa, como dicen esos enfermos que se creen fuertes y más allá del bien y del mal? Esta es una de tantas simplicidades, inmerecedoras de atención alguna, si sus efectos no fueran tan perniciosos.

### El fondo de la cuestión

Pero vamos al fondo de la cuestión, que lo dicho no es sino un cúmulo de lugares comunes y perogrullescos, que sólo la necesidad de recordarlos ha hecho preciso el insistir en ellos.

La doctrina de Bergson ¿es o nó merecedora de que la Iglesia católica la haya puesto en su Índice? ¿No es Bergson hoy el más alto representante de la filosofía? ¿No es su filosofía la más racional de las contemporáneas, el mayor valor en la tabla de nuestros valores filosóficos?

Así se expresan los admiradores de Bergson, y no he de ser yo quien me oponga a sus entusiasmos. Sólo espero que se me permita poner en evidencia que la doctrina de Bergson no es la de la Iglesia católica, y que ésta, por consiguiente, ha estado en su derecho para poner sus obras en el Índice de los libros que sus fieles no pueden leer sin el competente permiso.

El catolicismo tiene su doctrina metafísica y moral sobre todos los grandes problemas que han preocupado y preocuparán a los hombres dignos del dictado de racionales. Estas doctrinas son bien sencillas y asaz fundamentales y necesarias para explicar satisfactoriamente todo lo que el hombre debe saber y obrar para vivir conforme a sus más altos destinos: un Dios creador de todas las cosas, y, por tanto, del hombre, a quien dotó de un alma libre e inmortal, y en cuyo auxilio envió a Jesús como tipo de soberana perfección y de insuperable espiritual belleza...

Pues bien, simplemente el título de una de las obras de Bergson, *La Evolución Creadora*, es una negación del primer dogma del credo católico: el de Dios creador...

“Todo es oscuro—dice Bergson—en la idea de la creación, si se piensa en cosas que serían creadas, y en una cosa que crea, como se hace de ordinario, y el entendimiento no puede impedir que se haga. Es esta una ilusión natural a nuestra inteligencia, función esencialmente práctica, hecha para representar las cosas y los estados, más bien que los cambios y los actos. Mas cosas y estados no son sino vistas tomadas por nuestro espíritu del *devenir*. No hay cosas sino solamente acciones.” (*L’Evol. Créatr.* Six. ed., págs. 269 y 270).

El origen, por tanto, de lo existente, de la realidad toda, lo busca Bergson en un impulso (*élan*) primordial y continuo, siempre nuevo y siempre vario, y su esencia la hace consistir en el constante cambio y universal interacción...

Toda la metafísica de Bergson se desarrolla sobre esta petición de principio: la explicación de la realidad por el movimiento; el cual a su vez no se explica sin la realidad, ni ésta sin un sér creador que exista por necesidad de su esencia (que es la verdad capital de la filosofía).

Y como, según Bergson, la realidad no es sino movimiento, y éste no se explica sino por sí mismo, tenemos que la petición de principio en que principalmente se basa toda su filosofía, se convierte en un verdadero círculo vicioso.

Aparte del absurdo dicho, la Iglesia tiene explícitamente en su credo el racionalísimo dogma de la creación, base, con el de la existencia de Dios, de todo el orden natural y sobrenatural creados, y de toda la doctrina que ella con el mejor derecho considera como revelada; y no podría dejar de llamar la atención sobre las doctrinas de un filósofo que goza de enorme crédito, y que podría extraviar, como de hecho ha extraviado,

do, a inteligencias poco firmes y demasiado amigas de novedades muchas veces poco saludables.

Y si en *La Evolución Creadora* Bergson destruye, por lo menos, el dogma de la creación, en el *Essai sur les données immédiates de la conscience* sostiene una ideología y epistemología plausibles relativamente, pero incompatibles con las del realismo dogmático que sirve de fundamento a la apologética y teología cristianas; y en *Matière et mémoire* profesa un espiritualismo, plausible también relativamente, mas no es tampoco el elevado, trascendente y puro de la filosofía de la Revelación.

Por esto la Iglesia ha considerado prudente y oportuno incluir esas obras en su Índice, sin que esto sea negar la libertad legítima del pensamiento, ni el desarrollo saludable de la ciencia, ni los méritos personales y buena intención del autor, ni mucho menos pretender que sus libros no se lean, sino únicamente advertir a sus fieles que no deben leerse sin el competente permiso, permiso que—ya lo dije—no sólo concede, sino que vivamente desea conceder la Iglesia a los que se hallan en las debidas condiciones.

.....  
Pero no estará de más hacer aquí un breve examen de la filosofía bergsoniana, tal como se contiene, a lo menos en su obra capital, *L’Evolution créatrice*, para muestra y testimonio del valor de esa filosofía.....  
.....

#### Síntesis de la filosofía bergsoniana

La realidad no es lo que nuestros sentidos e inteligencia perciben, pues éstos no pueden pasar del aspecto ínfimo y casi falaz de aquélla. Para conocer la gran realidad, la realidad verdadera, no ya la que desciende del impulso vital y se concreta y determina en materia, sino la que asciende y se manifiesta como espíritu; no la que es fruto de la conciencia, o, mejor, del querer que se desvía de su tensión normal, sino la que es causada por

la sola actividad eficaz, que es la conciencia que trasciende sobre la materia y se mantiene en la tensión normal del querer, es necesario que la inteligencia se sobrepase a sí misma, y transformándose por un esfuerzo de simpatía por las cosas en intuición del espíritu, se transporte al fondo mismo de la realidad, que es la acción, el movimiento, la vida, el querer, la conciencia, el impulso vital, en una palabra, identificándose de algún modo con el flujo universal de las cosas, con su corriente continua, descendente y sobre todo ascendente y progresiva, con la universal interacción, con el perpetuo *devenir*, cosas todas que dignifican la verdadera esencia de la realidad, y cuyo más propio nombre es el de evolución creadora.

#### Análisis de la tesis fundamental de la metafísica bergsoniana

Para Bergson, según lo dicho, no hay cosas sino solamente acción y movimiento. El universo no es sino la universal interacción: acción que se hace al través de otra del mismo género que se *deshace*; y esto es todo en las menos palabras.

Pero se puede preguntar a Bergson: ¿y esa acción qué es? Bergson nos dice que la conciencia, el querer, la acción libre. . . —Mas ¿qué es esta acción libre? ¿Es algo subsistente? —Es un movimiento, dice Bergson. Pero ¿qué clase de movimiento? —Un ascenso que pasa al través de un descenso. —Mas ¿hay alguna cosa que asciende, y alguna otra que desciende? —No, responde la metafísica bergsoniana; no hay cosas, sólo hay movimiento. —Está bien, puede responderse; pero el movimiento ¿qué cosa es, si no hay nada que se mueve?

Aquí Bergson nos advierte que hacemos mal en hablar de la *nada*, cuya idea es sólo ilusión de nuestro espíritu, como lo es también la de forma, pues la forma es lo inmóvil y lo estático; y lo estático no existe, porque la realidad es movimiento, y el movimiento, cambio

continuo de forma, la continuidad fluida de lo real. La *forma*, dice el filósofo del colegio de Francia, *no es sino una instantánea tomada bajo una transición*. Es nuestra percepción, que se ayuda de ese modo a sí misma, para solidificar en imágenes discontinuas la continuidad fluida de lo real. Cuando las imágenes sucesivas (de una cosa) no difieren demasiado las unas de las otras, las consideramos todas como el acrecerse y disminuirse de una imagen media. . . Y esta forma media es la que pensamos, cuando hablamos de la esencia de una cosa o de la cosa misma (pág. 327).

Y lo que Bergson nos dice de las cosas, lo ha dicho poco antes, con mayor razón, de sus cualidades; y para establecer esta tesis, que es la base y a la vez el coronamiento de su filosofía, apela a la ciencia. Y, a la verdad, la ciencia, vista superficialmente y de un solo lado, parece dar la razón a Bergson y acusar de ilusión a nuestras facultades o funciones cognoscitivas; y así el calor, el sonido, el color; todo eso no es en realidad sino movimiento para la ciencia, según la exégesis bergsoniana.

Pero la ciencia, al constatar el movimiento, percibe también la cosa que se mueve. La ciencia experimental, que es la que aquí Bergson con nuestros contemporáneos entiende principalmente por ciencia, como si no hubiera otras ciencias más sublimes, y por tanto más ciencias; la ciencia experimental no es otra cosa en su base que los sentidos perfectamente educados y ayudados con instrumentos para la observación y el experimento. Y la observación de los sentidos, aun la más científica, no ha percibido nunca movimiento sin móvil, como la inteligencia no percibe el móvil sin lo inmóvil, pero un inmóvil perfectísimo, inmutable y siempre en acto, acto puro y esencial, infinito viviente, causa primera eficiente, ejemplar y final, inteligencia creadora y ordenadora, voluntad sapientísima y bienaventuranza cumplida. . . Porque sin esto, los principios metafísicos de unidad, identidad y contradicción, de sustancia y causalidad, que son las leyes supremas de la

inteligencia misma, y los fundamentos necesarios del conocimiento y de toda ciencia, se derruecan y derrumban primero con estrépito y después con pavoroso y aterrador silencio en el vacío, oscuridad y negación radical de la nada; y sin ellos la inteligencia humana es una ilusión, y la ciencia un absurdo, y la vida un misterio desgarrador, y todo lo existente un mal; y el mal es la negación de la misma existencia. ¿En qué viene a parar con esto el dinamismo optimista de la evolución creadora?

Pero Bergson dice que el móvil huye sin cesar de la mirada de la ciencia y que la ciencia no tiene que hacer sino con la movilidad (pág. 325).

¿Qué se dice con esto? ¿Que jamás ha percibido la ciencia un móvil sin movimiento, o que nunca ha percibido más movimiento que el de la misma movilidad? Pero ¿qué locución viciosa es ésta? Por otro lado, ¿de qué ciencia se trata? ¿No es de la experimental? ¿Y acaso alguna vez la ciencia experimental, única que puede haber aquí, ha percibido la movilidad o movimiento absoluto, el *devenir* en sí? ¿Percibe ella jamás otra cosa que el movimiento concreto, la movilidad concreta? Y el movimiento concreto y la movilidad concreta ¿son por ventura otra cosa que un sér concreto, una cosa concreta que se mueve?

Bergson responderá que este sér, esa cosa que se mueve no es, en último análisis, sino el movimiento, y, por tanto, que no sólo la blancura, verbigracia, es simplemente un número dado de oscilaciones o de movimientos oscilatorios, sino que también el mismo cuerpo blanco, o el sujeto de la blancura, no es más que un agregado de oscilatorios movimientos.

Así, de la manera más categórica y sin más contemplaciones con el buen sentido, se invierte por Bergson la pirámide de la filosofía tradicional y perenne de la humanidad, haciendo de su base cúspide y de su cúspide base, al explicar los cuerpos por el movimiento, es decir, la sustancia por el accidente, el cual ni se expli-

ca ni puede explicar nada, si a su vez no se explica por la substancia y ésta por una primera y eterna, que necesariamente sea el sér por excelencia, el Jeovah de la filosofía divina y revelada de Moisés, el Acto puro de Aristóteles. . .

Pero es inútil recurrir a la ciencia, porque, a pesar de Ostwald, el autor de la *Energética*, y de Le Bon y de todos los puros dinamicistas, que no ven sino movimiento hasta en la molécula y el átomo o el electrón, esto es, en los que se consideran como los elementos más simples de los cuerpos, si algo hay evidente y de universal experiencia científica y aun de simple observación vulgar, es que jamás se ha percibido por el hombre movimiento sin móvil.

Más aún, es imposible percibirlo, porque es imposible movimiento sin móvil, ni móvil ni móviles sin un motor inmóvil, a no carecer de explicación elevada y satisfactoria la realidad, y de verdadero fundamento la ciencia, la cual forzosamente tiene que llegar a esa conclusión, si la inteligencia humana no quiere perderse en un proceso sin límites, imposible y absurdo, en donde por contera todo quedaría sin explicación y la esfinge de la realidad con su atormentador enigma.

Entonces ¿qué vale la tesis capital de Bergson, de que no hay móvil sino movimiento?

#### La clave del arco de la metafísica bergsoniana

¡El querer! Hé aquí la palabra máquica que debe triunfar de todas las dificultades y explicar todas las cosas. ¡El querer! ¡La conciencia! Una inmensa corriente de conciencia y de querer atravesando el mundo: el querer y la conciencia en tensión hacia la acción y creadores, con sólo su tensión, con sólo su acción no interrumpida, con su solo impulso, con su impulso vital, de formas (si es que hay formas) siempre más elevadas; y con su distensión, con la disminución de su acción con una acción que se deshace o interrumpe,

creadores del mundo material con su disgregación y orden geométrico, o, mejor dicho (porque en realidad no hay materia ni elementos disgregados), creadores del sentido y de la inteligencia, los cuales, al tomar vistas inestables de la inestabilidad, instantáneas de las transiciones, dan origen al mundo llamado inteligible o de la inteligencia, a un conocimiento cinematográfico. Hé aquí la única explicación verdaderamente filosófica, para Bergson, del sér, de la materia, de la vida y de la inteligencia. No más creación en el sentido antiguo, porque ella supone el tránsito de la nada al sér, o una especie de fabricación del sér sobre el *substratum* de la nada. No más sér en el sentido antiguo, porque él suponía formas e ideas siempre estáticas, y no hay sino movimiento. No más materia en el sentido antiguo, porque esta materia era un conjunto de sistemas cerrados y aislados, mientras nada está cerrado ni aislado en el mundo, sino que todo es acción, o, mejor, interacción. No hay, por tanto, más que inteligencia y vida, dos aspectos inversos de un solo impulso original, que es conciencia, querer, vida y creación incesante, cuando se continúa sin interrupción, y, si se interrumpe, inteligencia, y a la vez disgregación y lo que se llama el orden geométrico y el mundo de lo inorgánico.

Y todo esto se dice con una seriedad extrema, y se van repitiendo las palabras, siempre las mismas, deleitándose en su sonoridad, revistiéndolas de imágenes pintorescas, dando realidad objetiva a simples metáforas, y pavoneándose con el título de filosofía nueva, filosofía de la intuición, etc. etc.

Pero ¿qué hay bajo esta pirotecnia deslumbradora de metáforas, imágenes y nombres pomposos?

Pues lo diré con la mayor franqueza: Ahí no se ve sino la confusión de conceptos que son muy claros para el buen sentido, y la explicación más insostenible del origen de la realidad. En esta cuestión importantísima del origen de lo existente, Bergson se equivoca tan lamentablemente como, según hemos visto, en la capitalesima de su esencia o naturaleza.

El querer, la conciencia, el impulso vital, no son términos sinónimos. La inteligencia y la vida no son tampoco dos aspectos inversos de un solo impulso original, ni mucho menos superior la vida a la inteligencia, que es una vida más alta, la más elevada manifestación de la vida. Ni la materia ni la vida, ni nada de lo existente, se puede, por fin, explicar por un impulso o *elan* original, que se supone ser querer, conciencia, vida y creación incesante, cuando se continúa sin interrupción, e inteligencia, cuando se interrumpe...

Hay que acabar de una vez con explicaciones tan pueriles e insuficientes sobre el origen de la realidad. Lo serio aquí es o considerar ese origen como incognoscible e inexplicable, o salir de esta tortura desesperante y desgarradora por el único camino racional posible, que es el de admitir, por necesidad de la misma razón humana, una causa, un principio, un sér, que no haya necesidad de explicarle por otro, sino que él sea la explicación de todo.

Este sér no puede serlo un simple e indeterminado impulso, tendencia o querer primordial, que va desenvolviéndose y en su evolución creando lo existente, porque esto es una hipótesis insostenible, tan insostenible como el Dios de Hegel, que se va a sí mismo haciendo hasta que se revela perfecto en la conciencia del hombre... Este sér sólo puede serlo el Acto puro de Aristóteles y el Dios de los cristianos, al que del examen de las cosas tiene necesariamente que llegar la razón, si no ha de negarse a sí misma y verse envuelta en multitud de errores. No se me oculta que por Kant, y posteriormente, se ha negado el valor de las pruebas tradicionales de la existencia de Dios y de la creación. Pero esas pruebas siguen en pie, desafiando a los siglos, y, de todas maneras, al hombre no le queda sino esta disyuntiva: o se admite un sér perfectísimo como causa primera de los demás seres, o el origen de las cosas queda sin explicación... La razón suprema y potísima es porque si no se explica el efecto por su verda-

dera y suprema causa, y lo imperfecto por lo perfecto, tendremos el absurdo de explicar el efecto por sí mismo o por causa insuficiente y a la vez efecto necesitado de causa, y lo perfecto o menos imperfecto por lo más imperfecto, que es lo que ocurre con Bergson, cuando intenta explicar los fenómenos todos de la realidad y sobre todo los más altos por un impulso, tendencia, vida o querer primordial, que, desenvolviéndose sin decirnos Bergson el porqué de esa evolución, va adquiriendo y dándose lo que originalmente no tenía... El buen sentido ha cristalizado en una frase, que es un evangelio, la vacuidad de esta hipótesis: *Nadie da lo que no tiene*... Negar, como lo hace también Bergson, los efectos y las causas, como opuestos a la continuidad de la realidad, no es sino un subterfugio.

¿A qué proseguir? Conviene, sin embargo, acabar de deshacer algunas equivocaciones bergsonianas.

Y, en primer lugar, ¿dónde ha leído Bergson los conceptos que él llama antiguos de la creación, del sér y de la materia? Témoste que Bergson no ha leído bien a nuestros abuelos, hombres, por cierto, más firmes y robustos que nosotros y de ideas bastante más sólidas y precisas. Y así para ellos ni la creación, ni el sér, ni la materia son los conceptos imposibles y absurdos que supone el filósofo francés: sino que la creación era sencillamente el acto simplicísimo de la ciencia, voluntad y poder de Dios, por el que las cosas son: y el sér, lo que existe o tiene razón de existir, sean cualesquiera las condiciones de su existencia, y una de ellas, no su esencia, el movimiento; y, por último, la materia, no era para ellos un conjunto de sistemas cerrados y aislados, sino todo un sistema general y continuo de una sola materia primera y de diversas formas sustanciales, según lo requiere la diversidad específica de los seres...

### El vicio radical epistemológico de la filosofía nueva

Pero el vicio radical de la filosofía nueva, en el punto o aspecto en que ahora la estudiamos—y Bergson mismo reconoce la suma importancia de este punto en su filosofía,—es extremar la teoría crítica o epistemológica de Kant, intentando así arruinar la vieja y tradicional doctrina del conocimiento. El oficio asignado por la naturaleza a los sentidos y a la inteligencia es transferido arbitrariamente a la voluntad, o, por lo menos, se busca su última raíz y fundamento en el querer, con el cual a su vez se confunden la conciencia y la vida; la conciencia, que, aunque para la filosofía antigua es un concepto más limitado que para la moderna (la cual la confunde con el alma, o lo que por huír de las necesarias ideas de substancia y potencias o facultades, llama conjunto de procesos psíquicos), para ambas filosofías es un concepto bien diferente de la voluntad; y la vida, a la que ambas consideran como más universal que el querer...

Para salir de este laberinto no es menester sino recordar la teoría antigua del conocimiento, tan admirable por su sencillez como por su profunda conformidad con la introspección psíquica.

Todo lo que conocemos, aseguraban nuestros padres, lo es por los sentidos y por la inteligencia; porque fuera de éstos, añadían, no hay para nosotros más facultades del conocer, ni fuera de la realidad perceptible por los sentidos o la inteligencia hay otra cosa sino la nada. Y decían verdad nuestros padres, porque lo contrario es confundir funciones tan distintas como el entendimiento y la voluntad, trastornar el lenguaje y hacer de la filosofía una torre de Babel. Además, en este punto Bergson, consecuente con su error sobre el origen de la realidad, que para él es el *devenir*, hace del efecto causa y de la causa efecto o, si se quiere, antepone lo que es posterior a lo que por naturale-

za y necesidad lógica es anterior, como lo es la inteligencia respecto de la voluntad, pues no se puede concebir un verdadero querer sin antes saber lo que se quiere; y por esto muchos teólogos han creído que el sér esencial de Dios consiste en ser inteligente, porque con la inteligencia, dicen, se explican todas las perfecciones posibles, sin ella ninguna. ¿Cómo se explica, por ejemplo, agregaban, el inestimable dón de la libertad sin la inteligencia?

Para pulverizar la teoría de Bergson sobre el querer y el conocer, no haría falta sino demostrar lo natural, sencilla y satisfactoria que es la doctrina aristotélico-tomista del conocimiento. Mas lo conceptúo innecesario, bastándome añadir a lo dicho tan sólo algunas reflexiones, bastantes, creo, para deshacer el embrollo bergsonianiano de la intuición.

Para Bergson, según hemos visto, la inteligencia desfigura la realidad, dándole formas estáticas y geométricas, que en sí no tiene. La inteligencia crea de esta manera un mundo falso, y deja, por consiguiente, de ser criterio de verdad. Entonces ¿sobre qué fundamento sólido se puede levantar el edificio de la filosofía? Bergson nos dice que es preciso que la inteligencia trascienda sobre sí misma, y, por un esfuerzo de simpatía o de querer, se transforme en intuición, propiamente distinta de la simple inteligencia, y así pueda transportarse el hombre al seno mismo de la realidad, e identificándose de algún modo con ella, verla en espíritu como es, o sea como impulso, acción, movimiento, querer, vida y continua evolución creadora.

Esta explicación de Bergson sería aceptable, si no fuera simplemente una salida, y sobre todo, si fuese verdadera. Pero contiene tres errores, sea dicho con el mayor respeto.

El primero es el de negar el valor del conocimiento intelectual en orden a la verdad metafísica, y, por consiguiente, el de la verdad lógica. El segundo consiste en separar la intuición de la inteligencia y en afirmar

que el hombre sólo puede ver la verdad por intuición, y no por reflexión o discurso, actos los dos de la inteligencia. Y el tercero, el atribuir a la simpatía, es decir, al sentimiento y al querer, o simplemente al querer tonalizado por el sentimiento, a la pasión, al *pathos*, la intuición o acto intuitivo de la inteligencia, lo cual no es verdad ni aun en la intuición artística, y, mucho menos, en la filosófica.

Repitémoslo, para concluir este punto: El entender no se explica por el querer, sino más bien el querer por el entender; y todo lo que conocemos lo es por los sentidos y por la inteligencia; porque fuera de éstas no hay para nosotros más facultades de conocer, ni fuera de la realidad perceptible por los sentidos o la inteligencia, hay otra cosa para nosotros que la nada, si es que la nada puede tener un nombre; pero de alguna manera hemos de llamarla, si hablando hemos de entendernos.

P. M. VELEZ  
(Agustino)

## A LA BORDADITA

Oh madre de piedad, dulce consuelo,  
Fuente de amor, sagrada Bordadita,  
Amparo sin igual, Virgen bendita,  
Prodígame tu gracia en este suelo.

Atiende mi plegaria, flor del cielo,  
Tú de los rosaristas favorita,  
Tendrás también para mi pobre cuita  
La protección que busco con anhelo.

Tú la escogida, la segura vía,  
Para llegar a la feliz morada  
Do infinita es la dicha y la alegría,

Harás que el claustro noble, el alma faro  
Donde la imagen tuya es venerada,  
De laurel a laurel marche a tu amparo.